

CAPITULO VII.

.....Lo que quiero
son talegos y no trastos.
.....le primero los doblones.

CAÑIZARES.

Ocho días después de aquel en que partió Enrique de Bellavista, á las diez de la mañana de un día caloroso se desayunaban amigablemente en un aposento bajo de una gran casa, situada en una de las mejores calles de Puerto-Principe, Enrique Otway y su padre.

El joven tenia aun en el rostro varias

manchas moradas de las contusiones que recibiera en la caída, y en la frente la señal reciente de una herida apenas cerrada. Sin embargo, en la negligencia y desaliño á que le obligaba el calor, su figura parecia mas bella é interesante. Una camisa de transparente batista velaba apenas su blanquísima espalda, y dejaba enteramente descubierta una garganta que parecia vaciada en un bello molde griego, en torno de la cual flotaban los bucles de sus cabellos, rubios como el oro.

Frente por frente de tan graciosa figura veíase la grosera y repugnante del viejo buhonero; la cabeza calva sembrada á trechos hácia atrás por alguuos mechones de cabellos rojos matizados de blanco, las mejillas de un encarnado subido, los ojos hundidos, la frente surcada de arrugas, los labios sutiles y apretados, le barba puntiguda, y envuelto su cuerpo alto y enjuto en una bata blanca y almidonada.

Mientras Enrique desocupaba con buen apetito un ancho pocillo de chocolate el viejo tenia fijos en él los cavernosos ojos,

y con voz hueca y cascarrona le decía.

No me queda duda, Carlota de B... aun despues de heredar á su padre no poseerá mas que una módica fortuna: y luego en fincas deterioradas, perdidas!... Bah, bah! estos malditos isleños saben mejor aparentar riquezas que adquirirlas ó conservarlas. Pero en fin, no faltan en el pais buenos caudales; y no, no te casarás con Carlota de B... mientras haya otras varias en que escoger, tan buenas y mas ricas que ella. ¿Dudas tu que cualquiera de estas criollas, la mas encopetada, se dará por muy contenta contigo? Ja, ja, de eso respondo yo. Gracias al cielo y á mi prudencia nuestro mal estado no es generalmente conocido, y en este pais nuevo la llamada nobleza no conoce todavía las rancias preocupaciones de nuestra vieja aristocracia Europea. Si D. Carlos de B... hizo algunos melindres ya ves que tuvo á bien tomar luego otra marcha. Yo te fio que te casarás con quien se te antoje.

El viejo hizo una mueca que parodiaba una sonrisa y añadió en seguida frotan-

dose las manos, y abriendo cuanto le era posible sus ojos brillantes con la avaricia. Oh! y si se realizase mi sueño de anoche!... Tu, Enrique, te burlas de los sueños, pero el mio es notable, verosímil, profético... ¡Soñar que era mia la gran loteria! Cuarenta mil duros en oro y plata! ¿Sabes tú que es una fortuna? ¡Cuarenta mil duros á un comerciante decaído!... Es un bocado sin hueso, como dicen en el país. El correo de la Habana debia llegar anoche, pero ese maldito correo parece que se retarda de intento, para prolongar la agonía de esta expectativa.

Y en efecto pintábase en el semblante del viejo una estremada ansiedad.

Si habeis de ver burlada vuestra esperanza, dijo el jóven, cuanto mas tarde será mejor. Pero en fin, si sacabais el lote bastaria á restablecer nuestra casa y yo podria casarme con Carlota.

Casarte con Carlota! exclamó Jorge poniendo sobre la mesa un pocillo de chocolate que acercaba á sus labios, y que dejara sin probarle al oír la conclusion desagradable.

dable del discurso de su hijo. ¡Casarte con Carlota cuando tuvieras cuarenta mil duros más! Cuando fueras partido para la mas rica del pais! Has podido pensarlo, insensato? Que hechizos te ha dado esa muger para trastornar así tu juicio?—¡Es tan bella! repuso el jóven, no sin alguna timidez: ¡es tan buena! su corazon tan tierno! su talento tan seductor!...

Bah! Bah! interrumpió Jorge con impaciencia, ¿y qué hace de todo eso un marido? Un comerciante Enrique, ya te lo he dicho cien veces, se casa con una muger lo mismo que se asocia con un compañero, por especulacion, por conveniencia. La hermosura, el talento que un hombre de nuestra clase busca en la muger con quien ha de casarse son la riqueza y la economia. ¡Que linda adquisicion ibas á hacer en tu bella melindrosa, arruinada y acostumbrada al lujo de la opulencia! El matrimonio, Enrique, es....

El viejo iba á continuar desenvolviendo sus teorías mercantiles sobre el matrimonio cuando fué interrumpido por un fuer-

le golpe dado con el aldabon de la puerta; y la voz conocida de uno de sus esclavos gritó por dos veces.—El correo: estan aqui las cartas del correo.—Jorge Otway se levantó, con tal impetu que vertió el chocolate sobre la mesa y echó á rodar la silla, corriendo á abrir la puerta y arrebatando con mano trémula las cartas que el negro le presentaba haciendo reverencias. Tres abrió sucesivamente y las arrojó con enfado diciendo entre dientes.—Son de negocios.—Por último rompe un sobre y vé lo que busca: el diario de la Habana que contiene la relacion de los números premiados. Pero el exceso de su agitacion no le permite leer aquellas lineas que deben realizar ó destruir sus esperanzas; y alargando el papel á su hijo, toma, le dice lee tú: mis billetes son tres: número 1750, 3908 y 8004. Lee pronto, el premio mayor es el que quiero saber: los cuarenta mil duros: acaba.

El premio mayor ha caido en Puerto-Príncipe, exclamó el jóven con alegria.

¡En Puerto-Príncipe! veamos!... el nú-

mero, Enrique, el número!—y el viejo apenas respiraba.

Pero la puerta, que habia dejado abierta, dá paso en el mismo momento á la figura de un mulato, harto conocido ya de nuestros lectores, y Sab que no sospecha lo intempestivo de su llegada, se adelanta con el sombrero en la mano.

Maldicion sobre tí! grita furioso Jorge Otway, ¿que diablos quieres aquí, pícaro mulato, y como te atreves á entrar sin mi permiso? Y ese imbécil negro que hace? Donde está que no te ha echado á palos?

Sab se detiene atónito á tan brusco recibimiento, fijando en el inglés los ojos mientras se cubria su frente de ligeras arrugas, y temblaban convulsivamente sus labios, como acontece con el frio que precede á una calentura. Diríase que estaba intimidado al aspecto colérico de Jorge si el encarnado que matizó en un momento el blanco amarillento de sus ojos, y el fuego que despedían sus pupilas de azabache, no diesen á su silencio el aire de la amenaza mas bien que el del respeto.

Enrique vivamente sentido del grosero language empleado por su padre con un mozo al cual miraba con afecto desde la noche de su caída; procuró hacerle menos sensible con su amabilidad la desagradable acogida de Jorge, al cual manifestó que siendo aquella su habitacion particular, y habiendo concedido á Sab el permiso de entrar en ella á cualquiera hora, sin preceder aviso, no era culpable del atrevimiento que se le reprehendia.

Pero el viejo no atendia á estas disculpas, porque habiendo arrancado de manos de Enrique el pliego deseado, lo devoraba con sus ojos; y Sab satisfecho al parecer con la benevolencia del jóven y repuesto de la primera impresion que la brutalidad de Jorge le causara, abria ya los labios para manifestar el objeto de su visita, cuando un nuevo arrebató de este fijó en él la atencion de los dos jóvenes. Jorge acababa de despedazar entre sus manos el pliego impreso que leia, en un impetu de rabia y desesperacion.

Maldicion! repitió por dos veces. ¡El

8014! ¡El 8014 y yo tengo el 8004!... Por la diferencia de un guarismo! Por solo un guarismo!... Maldición!—Y se dejó caer con furor sobre una silla.

Enrique no pudo menos que participar del disgusto de su padre, pronunciando entre dientes las palabras fatalidad y mala suerte, y volviéndose á Sab le ordenó seguirle á un gabinete inmediato, deseando dejar á Jorge desahogar con libertad el mal humor que siempre produce una esperanza burlada.

Pero quedó admirado y resentido cuando al mirar al mulato vió brillar sus ojos con la espresion de una viva alegría, creyendo desde luego que Sab se gozaba en el disgusto de su padre. Echole en consecuencia una mirada de reproche, que el mulato no notó, ó fingió no notar, pues sin pretender justificarse dijo en el momento.—Vengo á avisar á su merced, que me marchó dentro de una hora á Bellavista.—Dentro de una hora! El calor es grande y la hora incómoda, dijo Enrique, de otro modo iria contigo pues tengo ofrecido á Carlota acompa-

harla en el paseo que piensa hacer tu amo por Cubitas.

A buen paso, repuso Sab, dentro de dos horas estaríamos en el Ingenio y esta tarde podríamos partir para Cubitas.

Enrique reflexionó un momento. Pues bien; dijo luego, dá orden á un esclavo de que disponga mi caballo y espérame en el pátio: partiremos.

Sab se inclinó en señal de obediencia y salióse á ejecutar las órdenes de Enrique, mientras este volvía al lado de su padre, al que encontró echado en un sofá con semblante de profundo desaliento.

Padre mio, dijo el jóven dando á su voz una inflexión afectuosa, que armonizaba perfectamente con su dulce fisonomía, si lo permitís partiré ahora mismo para Guatitaja. Anoche me dijisteis que debía llegar de un momento á otro á aquel puerto otro buque que os está consignado, y mi presencia allá puede ser necesaria. De paso veré á Cubitas y procuraré informarme de las tierras que don Carlos posee allí, de su valor y productos; en fin, á mi regreso podré daros

una noticia exacta de todo.

Así, añadió bajando la voz, podreis pesar con pleno conocimiento las ventajas, ó desventajas, que resultarian á nuestra casa de mi union con Carlota, si llegára á verificarse.

Jorge guardó silencio como si consultase la respuesta consigo mismo y volviéndose luego á su hijo, —Está bien, le dijo, vé con Dios, pero no olvides que necesitamos oro, oro ó plata mas que tierras, ya sean rojas ó negras; y que si Carlota de B... no te trae una dote de cuarenta ó cincuenta mil duros, por lo menos, en dinero contante, tu union con ella no puede realizarse.

Enrique saludó á su padre sin contestar y salió á reunirse con Sab, que le aguardaba.

El viejo al verle salir exhaló un triste suspiro y murmuró en voz baja. Insensata juventud! ¡ Tan sereno está ese loco como si no hubiera visto deshacersele entre las manos una esperanza de cuarenta mil duros.!